

Presentación

Con comprensible y merecido gozo, la Universidad de Piura ha cumplido sus primeros treinta años de vida. Para conmemorar este aniversario, presenta un libro en el que se recogen sumariamente los principales retazos de una historia que, si ciertamente está aún en sus comienzos, muestra ya una fecundidad que ha de movernos al agradecimiento y a un trabajo todavía más intenso.

La etapa de estos seis lustros es ciertamente un breve tiempo para una institución que, con la ayuda del Señor, contará su vida por siglos y dejará una profunda huella en la cultura y en las gentes del Perú. Sin embargo, al ser los primeros, resultan altamente significativos, ya que constituyen la fase en la que se forja el espíritu, el modo de entender y afrontar los fines de la Universidad, el sentido de cuanto se hace, la forma de ser de las relaciones interpersonales, la atmósfera en que se desenvuelven las múltiples y variadas actividades propias de la tarea universitaria. Todo eso es lo que integra el más valioso tesoro del *Alma Mater*, el sello que la caracterizará para siempre, aunque el paso de los años haga que se sucedan las personas, los contenidos de las enseñanzas y tantos otros aspectos del quehacer académico.

En las páginas siguientes se recuerdan los primeros pasos de la Universidad. A impulsos del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei, gran universitario y primer Gran Canciller de este Ateneo, un grupo de fieles del Opus Dei, hombres y mujeres, enamorados de su profesión, y

otras personas abiertas como ellos a universales horizontes, poseedores todos de un elevado sentido de su responsabilidad social, resolvieron unir sus voluntades para dar nacimiento a esta generosa empresa de elevación intelectual y cultural, humana y espiritual.

Estaban movidos por nobilísimos afanes de servicio. Conscientes de que entre los derechos fundamentales de la persona humana, que siempre hay que defender y fomentar, se encuentra «el derecho a madurar la propia inteligencia y la propia libertad a través de la búsqueda y el conocimiento de la verdad»⁽¹⁾, pusieron todo su esfuerzo —toda su ilusión humana y sobrenatural— en el empeño por crear un Ateneo donde se cultivaran con profundidad los diversos saberes humanos, enriquecedores del espíritu y promotores del progreso científico y tecnológico, social y económico de los pueblos. Buscaban contribuir a la formación de mujeres y hombres bien preparados, capaces de desempeñar un trabajo competente con un recto sentido de la vida, conforme a la verdad, a la justicia y a la libertad. Y, siguiendo las enseñanzas del Beato Josemaría, quisieron fundamentar toda esa labor secular y laical, profesional, en la roca firme de la doctrina cristiana, alimentada por el riquísimo e inagotable venero del Evangelio de Jesucristo, garantía de acierto y de fecundidad.

Se ha trabajado bien a lo largo de estos treinta años. Si, como es propio de cualquier tarea humana, no han faltado dificultades y problemas, muchos más y mayores han sido los motivos de alegría. Con el esfuerzo de tantas personas en apretada cooperación, han ido surgiendo Facultades, Institutos y Escuelas, se han levantado edificios, se han dotado las instalaciones necesarias; las enseñanzas que se imparten han venido a satisfacer importantes demandas sociales; se contribuye al desarrollo de las Ciencias, se atiende a la investigación científica y se estudian al modo universitario las cuestiones que se plantean en su entorno.

Hombres y mujeres de muy diversa procedencia han aprendido a ver su trabajo, no sólo como medio noble y justo de ganarse un digno sustento, sino como actividad santificadora y santificante, como ocasión de

darse alegremente a los demás con el servicio de la tarea bien realizada, del consejo y estímulo, de la comprensión, el respeto y la cordialidad sincera.

Unas palabras del primer Gran Canciller, pronunciadas en la Universidad de Navarra en 1960, se ajustan como anillo al dedo a la Universidad de Piura. Estoy moralmente cierto de que el Beato Josemaría Escrivá no tiene ningún inconveniente en que yo las aplique a esta corporación académica, de la que esperaba tantos frutos en servicio del pueblo peruano.

Decía el Fundador del Opus Dei: «Queremos hacer de Navarra (aquí podemos entender Piura) un foco cultural de primer orden al servicio de nuestra Madre la Iglesia; queremos que aquí se formen hombres doctos con sentido cristiano de la vida; queremos que en este ambiente, propicio para la reflexión serena, se cultive la ciencia enraizada en los más sólidos principios y que su luz se proyecte por todos los caminos del saber.

»Yo he dicho en alguna ocasión —continuaba el Beato Josemaría Escrivá— que el mayor enemigo de Dios es la ignorancia; estoy convencido de ello. Por eso quiero que los míos den la batalla de la doctrina; por eso me entusiasma el pensar que vosotros, que habéis estado siempre en vanguardia a la hora de defender con las armas nuestra Santa Fe Católica, vais a figurar a la cabeza de los que la defienden con la inteligencia.

»De este modo —concluía— prestamos un servicio a la Iglesia, un servicio a la Patria y un servicio también, muy grande, a esta ciudad»⁽²⁾.

El espíritu del Fundador del Opus Dei se ha hecho en verdad alma de la Universidad de Piura, ha sido agua vivificadora de las mentes y

(1) JUANPABLO II, Enc. *Centesimus annus*, 1-V-1991, n. 47.

(2) Beato Josemaría Escrivá, *Discurso al ser nombrado hijo adoptivo de Pamplona*, 25-X-1960, en «Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad», Eunsa, Pamplona 1993, pp. 70-71.

de la vida de la comunidad académica, y ha beneficiado también a la entera región de Piura y a todo el Perú. Cada una, cada uno —profesores, estudiantes, empleados— ha puesto lo mejor de su cabeza y de su corazón en el común empeño de sacar adelante la Universidad, sabiendo posponer lo personal a los más altos fines comunes: ha descubierto personalmente y ha mostrado a los demás espléndidos panoramas de felicidad verdadera.

Es justo, por eso, que levantemos nuestro corazón lleno de agradecimiento a Dios Nuestro Señor, que con tanta largueza ha bendecido las tareas de la Universidad desde el primer momento, y a la Santísima Virgen, que la ha tenido siempre en su regazo maternal. Nos incumbe también a todos un gozoso deber de piedad filial: expresar nuestro reconocimiento al Beato Josemaría, que con tanto cariño impulsó el nacimiento de la Universidad de Piura y la alentó en sus primeros pasos, mientras nos acompañaba en la tierra, y que desde hace veinticuatro años le procura incontables gracias con su intercesión desde el Cielo.

La Universidad de Piura tiene también una deuda de gratitud con el sucesor del Beato Josemaría como Gran Canciller de la Universidad: Monseñor Álvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei, que durante dos décadas fue su paternal guía y valedor. A su intercesión recurro, convencido de que puede mucho ante el Señor, para que continúe protegiendo a todos los que trabajan en esta querida Universidad, así como a cuantos colaboran generosamente —con su oración, con su trabajo, con sus aportaciones— en la marcha de esta iniciativa apostólica, en esta magna tarea humana.

Buen momento es éste de mirar al futuro para reemprender la marcha con paso aún más firme y decidido, con renovados propósitos de superación. Esta joven y ya vigorosa Universidad tiene por delante un largo porvenir, pletórico de bien fundadas y generosas esperanzas. Se harán realidad en la medida en que cada uno sepa encontrar a Dios en su tarea, se encienda en amor a las almas, quiera ser fiel y leal a la Verdad, y ame apasionadamente los tiempos que Dios nos concede para vivir.

de la vida de la comunidad académica, y ha beneficiado también a la entera región de Piura y a todo el Perú. Cada una, cada uno —profesores, estudiantes, empleados— ha puesto lo mejor de su cabeza y de su corazón en el común empeño de sacar adelante la Universidad, sabiendo posponer lo personal a los más altos fines comunes: ha descubierto personalmente y ha mostrado a los demás espléndidos panoramas de felicidad verdadera.

Es justo, por eso, que levantemos nuestro corazón lleno de agradecimiento a Dios Nuestro Señor, que con tanta largueza ha bendecido las tareas de la Universidad desde el primer momento, y a la Santísima Virgen, que la ha tenido siempre en su regazo maternal. Nos incumbe también a todos un gozoso deber de piedad filial: expresar nuestro reconocimiento al Beato Josemaría, que con tanto cariño impulsó el nacimiento de la Universidad de Piura y la alentó en sus primeros pasos, mientras nos acompañaba en la tierra, y que desde hace veinticuatro años le procura incontables gracias con su intercesión desde el Cielo.

La Universidad de Piura tiene también una deuda de gratitud con el sucesor del Beato Josemaría como Gran Canciller de la Universidad: Monseñor Álvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei, que durante dos décadas fue su paternal guía y valedor. A su intercesión recurro, convencido de que puede mucho ante el Señor, para que continúe protegiendo a todos los que trabajan en esta querida Universidad, así como a cuantos colaboran generosamente —con su oración, con su trabajo, con sus aportaciones— en la marcha de esta iniciativa apostólica, en esta magna tarea humana.

Buen momento es éste de mirar al futuro para reemprender la marcha con paso aún más firme y decidido, con renovados propósitos de superación. Esta joven y ya vigorosa Universidad tiene por delante un largo porvenir, pletórico de bien fundadas y generosas esperanzas. Se harán realidad en la medida en que cada uno sepa encontrar a Dios en su tarea, se encienda en amor a las almas, quiera ser fiel y leal a la Verdad, y ame apasionadamente los tiempos que Dios nos concede para vivir.